

# LA POESÍA DE EULER GRANDA



Marco Antonio Rodríguez \*

Cuarenta años de historia estatizante y baldía: Extraviados por megalómanos impenitentes, neurópatas con delirio de redentores, sátrapas vivarachos y trepadores, y unos cuantos generales sin batallas, programados en la computadora de la tragedia que obra para los pueblos latinoamericanos, en un ir inocultable de profundo sometimiento al sistema, ha sido, más que menos, el cauce por donde ha traginado una generación -la de Euler Granda y la de muchos de nosotros- decapitada políticamente y a punto de serlo en el orden intelectual por múltiples negativas circunstancias surgidas de esa misma raquítica antihistoria.

Hace rato ya se patentó -casa adentro- la idea de que la literatura en nuestros país -la literatura no sólo el relato como se ha venido insistiendo- quedó estancada en la obra empinada por cierto de los escritores de la generación del 30. La nueva narrativa está demostrando lo contrario, pero nada se ha dicho de la poesía. Más desconocidos que los narradores los poetas de la generación actual se debaten entre el anonimato y la desesperanza. Y no es que nos falten valores sino que el problema que afronta su obra es acaso más grave que el de los cultores de otros géneros -si aúnes dable hablar de géneros en literatura- partiendo del hecho irrecusable de que muy poco es lo que se lee de poesía en nuestro medio. Por lo demás, los escritores jóvenes de nuestro país; trasponemos obstinadas resistencias. No hay medios de difusión hacia afuera. Las fuentes editoriales son las mismas de hace cuarenta años. Indiferencia por el libro nacional -existen librerías que no aceptan obras nacionales-. Integral desconocimiento de los nuevos movimientos creadores consagrado en obsoletos textos escolares. El cambio, aunque lerdo, de una sociedad subdesarrollada pero intensamente sensible, a otra, pseudo-consumista, que luego de una succionante semana de negocios prefiere, cuando no el escapismo de los frivolos deportes, los "weekends" en los castillos sembrados por el petróleo de los fenicios de último cunio, cuando no los capítulos leoninos, rotantes, o los movimientos familiares y cristianos -auspiciantes de la triple A-, los cursos rápidos para perfeccionarse en el arte de la explotación. El nuestro, es ahora, un país sin eco. Frente a tan desgrafiada realidad, lamentablemente, respondemos con una muy honda escisión. Crupúsculos de intelectuales por uno y otro lado. Dispersos. Infatuados de su común malandanza de ser unos solemnes desconocidos. Inmaduros para comprender que la inteligencia no es privanza de tal o cual ideología política sino de los hombres y que sólo un auténtico acercamiento de todos verdecería la confianza en una mejor posibilidad para nuestra cultura que es decir nuestro destino histórico.

\* Colaboración especial

El ámbito de la poesía frente a este irrenunciable deber es múltiple pues creo que todos estamos de acuerdo que el hombre necesita de libertad y de poesía -asi sea de un poco de poesía- para poder vivir. El poeta, aglutinante de su pueblo, a de deducir de su constante acción la profesión que debe ofrecerle, aunque, al margen de esta su tarea específica, no pueda dejar el ahondamiento en las verdades más ocultas del hombre.

En los pueblos de nuestra América subyugada y desventurada, remotas y permanentes condiciones históricas, geográficas y humanas, así la definen- hay que escribir para los olvidados, para los desconocidos, para los humillados, para los desesperados, así opinen lo contrario quienes se embriagan a medida que la fama les levanta en sus brazos o los pesimistas de vocación que niegan toda misión a la palabra del hombre.

Pensada, sentida y vivida, la poesía de Euler Granda empareja con los entresijos de nuestra conciencia, espoleándola, desendiosándola, abatiéndola. Es que Granda, desde su primer libro - "El Rostro de los Días", premio nacional de poesía, 1961- comprendió que la suya -vale decir que la nuestra- era la hora de retar vociferando de retar blasfemando, de retar malhiriendo a quienes creen aun que la obra de arte nada tiene que ver con el infortunio de los humildes, ni con la ruindad de los insaciables, ni con la porosa existencia de los satisfechos, ni con la rebeldía de los insobornables. Que se debía reemplazar la poesía sosegante por la poesía perturbadora la de la sobrecogida y desértica soledad del hombre por la de la conflagrante y reproducida soledad de los hombres.

"Con trozos de cartón // remiendo los zapatos // y me lanzo a gritar a media calle // que devuelvan el pan // que es para todos // que devuelvan el sol // que devuelvan los muertos // y que salgamos a matar el llanto //". Así se inicia y pervive el caminar doliente de Euler Granda. Doloroso por el peso de su propio ser y porque en su andar, sin empantanarle, se adhirió al él el agobio de los demás. Hombre de tierra, sangre y nervios padecientes, nuestro poeta advirtió que en su erranza -no hay los senderos fijos- deambulaban junto a su yo intransferible, otros hombres con quienes debían sufrir su tránsito. En la vigilia y el sueño. En la esperanza y el fracaso cotidiano. En el rutinarismo de las semanas. En la quimera de la paz y bajo la estabilidad de la violencia. En la cruel y amarga poesía del amor o en su posible inexistencia. En la inutilidad por siempre germinadora de la vida y en su inexorable acabamiento. Se rebela entonces por él y por los otros y lo hace extendiéndose hacia todos los costados de lo humano. Su orbe poético tan suyo -hasta en el rastreo de las más hondas raíces vivenciales- irradia la significante de una realidad que es común a todos. Con voz tronante, sin envolturas insulsas, sin recetas precepticas, con sólo la luz afilada de sus palabras, Euler Granda aguija perpendicularmente ciertos temas que no admiten eufemismo de ningún género.

"Hoy mataron a Juan el huasicama // impreca en su Poema sin LLanto // lo mataron por indio // lo mataron por bueno // por animal de carga // no hubo más // el patrón lo mato // porque le dio la gana //". He aquí plasmado en versos ceñidos, descarnados, ásperos, el irredento problema de nuestro indigenismo, preservado ahora atractivo turístico de la mitad del mundo con la mayor asepsia, como planta en invernadero o inimitable pieza folclórica de museo.

Hablé de versos ceñidos, descarnados, ásperos, y éstos, son la tónica de toda la obra de Euler Granda, sin duda una de las más altas de la poesía latinoamericana contemporánea. Pero quizás sí aquí -sin incurrir en contradicción- puede hablarse de una característica negativa en la poemación de este autor pues sabido es que toda obra de arte debe ser renovación permanente. Granda no sólo es la anticostumbre o antiacadémica en su obra, sino -en nuestro medio- el caso más claro de antiliteratura. A ella llega, desde luego, no ficticiamente, con pautaciones sofisticadas o por mero poujadismo intelectual, sino con la poesía honesta, connatural a su ser, disecada durante un profundo sufrimiento de hombre!

"Además reniega en su poema La Aguja y el Camello- del libro "El Lado Flaco" Además // qué carajo // que reino de los cielos // que flor ni que camello // los ricos // mientras más barrigones // con más facilidad // entran a cualquier hora donde quiera //

Euler Granda no es el poeta de cartel foquista que constantemente esconde mediocridad. Tampoco el poeta quejumbroso que toca las puertas de nuestros espíritus limosneando piedad. Peor aún el poeta que vierte su amargura en todas las arterias de su canto. El tiene -porque es hombre que resiste por él y por los demás- "derecho a la queja y a la esperanza". Así, en uno de sus poemas del libro "Inutilmania y otros Nudos", se detiene en el hecho concreto de una noticia de periódico referente a la extraña muerte de un minador de basura y elabora su testimonio acusador, quemante, definitivo. "Pues si señor -nos espeta a quemarropa- //no se lave las manos // no se de de inocente // no se quiera pasar // de palomita blanca // también señora usted, // con todo lo que pesan sus sueños climatéricos // sus óvulos infértiles // y sus "patas de gallo" // Y señorita usted, // con sus hot pants hediondos // con sus cantantes preferidos // con las cenizas de la marihuana // con los hippies // con los cerebros musculosos de los señores militares // así no más // con meliflua propaganda // con que los gringos nos orban el petróleo // ... rezando preces // y apostando al fútbol // a cuchilladas de basura degollamos a Víctor Manoleta Caiza ... //

Allá donde terminan las fronteras del deseo, comienzan las enigmáticas señales del amor. Cuando se inicia el silencio luego del azogado jadeo inevitable, con los ojos asombrados el hombre intuye el mundo penosamente ambicionado el amor. Lo deseado viene a nuestras manos y de ella se escurre como un nombre escrito en la arena. El amor, no es más que la insatisfacción de sus más rotundas formas. Este desquazarse inclemente del hombre. Esta desazón gozosa que vivifica y extingue, es otra de las constantes de la obra poética de Euler Granda. Detrás de ella -osamenta solidísima grave ternura de hombre, casi siempre errante con golpeteante y simple objetividad nos dice:

A veces  
el amor como intruso  
como un pelo en el plato de comida  
A veces del amor como enfermarse  
como estarse ahogando  
como si hubiésemos robado  
y nos buscarán  
otras veces con él  
que borrachera

que jubilosa azúcar  
inundándonos  
que tropel en las venas  
que cosa nunca vista  
que fiebre de colores  
A veces, el amor  
como pudriéndose.

Amor de hombre integral carne y sueño, no más que eso. Amor de hombre proscrito en su propio polvo. Naufrago en su cándido empecinamiento de inmortalidad. Tierra como sentido de la vida. Hombre en él mismo y en los demás, de barro, en el barro y nada más que para el barro. De aquí, pero también porque tiene que enfrentarse a una bastarda realidad que no admite sus vehementes anhelos de redención que el poeta confina a los hombres a una recurrente soledad devastadora.

"Cuál nosotros- (se interroga en "Un Perro Tocando la Lira", su último libro)-

cuándo codo con codo  
cuándo sentados en torno al fogón  
y dándonos las manos  
Así huyendo uno del otro  
así con desconfianza  
así espiándonos  
así chismeando  
delatándonos  
desunidos así  
menospreciados  
chorreando noche  
solos  
nos cazaron  
¡Bha! nosotros  
¡Puf! nosotros  
qué va nosotros  
Cierto es la soledad ...

Comenzar a pensar es comenzar a estar minado. Todo reside en seguir y comprender el fuego mortal que nos conduce de la lucidez fente a la existencia a la evasión fuera de la luz. Pero pensar en la muerte no es traicionar al pueblo y perder la esperanza a momentos no es otra cosa que ser hombres. Más que la búsqueda de Dios -Granda esta convencido que nos levantamos de la tierra y en ella nos disolvemos-: humanismo azaeteado de dudas, ateismo postulatorio. Sartre, Millér, Nietzch, Marx, Hartman- hay en él urgencia por descorrer la epidermis de las cosas y los hombres y descender - o ascender- metafísicamente a sus más oscuros recintos. Por el laberinto de la soledad de que nos hablara Octavio Paz, llega la desesperanza; complaciéndose despiadadamente en burlarse de la insignificancia humana a través de la distorsión de su propia esencia.

**"Qué carroña  
y al mismo tiempo  
pájaro de rapiña yo,  
qué aguafiestas  
pelele  
y queso rancio yo  
Qué desapercibida presa del más tono exterminio yo**

**Qué lapsus linguae**

**"mal entendido"**

**lapsus esperanza yo ...**

**requetecero entre los ceros yo**

**así es**

**asimismo es.**

**¿Desolación? ¿Impotencia? ¿Frustración? Nada de eso. Dolor exacto. Fiel desgarradora. Aislamiento viril que se desgaja en penar de tan intenso, expiación ósea, por la descomunal farsa de quienes nos clausuran día a día todas las puertas de la esperanza. Si la historia no es otra cosa que la permanencia de la insatisfacción con lo establecido, ello no implica que nos crucemos de brazos y aguardemos ~~obsesivamente~~ la muerte, sino proseguir la inexhausta emigración hacia algo mejor para todos los hombres.**

**A fuer de constatar los cambios ya no creemos en los paraísos, pero sí en el compromiso de pugnar en contra del sistema en que estamos abismándonos, en el cual se nos quiere colmar de deshechos convenciéndonos de que amor es la relación entre un hombre y su automóvil, felicidad el uso de una hoja de afeitar o que la única alternativa que nos queda es una marca de cigarrillos, acreciendo nuestra indiferencia ante el hambre, la expoliación, los crímenes cometidos en contra de la libertad. Por eso el poeta -el poeta auténtico que es Euler Granda levanta su voz transida de insofrenable rebeldía:**

**"Así -nos dice- en anguilosada y sacratísima paz,**

**educadísimos**

**burguesotes**

**amantísimos padres de familia**

**tercer mundistas**

**inofensivos revolucionarios**

**enrevesadamente lúbricos**

**Así endrogados**

**tecnificados**

**futbolizados**

**en vivo y en directo**

**telecretinizados**

**Así sin compostura**

**encabronados**

**en puras bagatelas**

**si alguna vez les devolviésemos**

**al menos**

si se nos permitiera  
darles con los clisés  
en la cabeza  
y ensuciarles el sueño  
pero morir así  
sin pena  
como manda la ley  
en orden  
irse muriendo infame y legalmente  
es para vomitar sangre de las iras

El hastío acosa al poeta y se refleja en el hueso puro de sus versos. La vida le indujo a abrazar la muchedumbre y a morir su confianza mutilada, su infortunio de siglos, su inveterado silencio desvalido. Ha palpitado en la taciturnidad de su inconformismo y se ha desvelado por el amor. Sin embargo tiene las manos vacías pero prontas para recomenzar la contienda. Entonces canta a la vida en uno de los poemas de mayor resonancia existencial que se haya escrito en nuestra literatura:

"Oh rota  
oh carcamal  
recontra mío  
hasta cuando no pueda más  
hasta la cacha mía  
en las malas y en las peores  
pegada a mí  
a mí adherida  
oh mismísima  
oh contrahecha  
oh patoja  
oh tuerta  
oh desdentada  
bacinilla de a perro  
oh vida sarnosamente mía  
he regresado a tí  
hasta que llegue el día  
en que no puedas soportarme ...

Y hasta ese día, estamos seguros, Euler Granda seguirá firme en su origen de hombre y de poeta, sin rehuir la monstruosa realidad que nos condena, denostando a los impostores, a los claudicantes, a los codiciosos, enfebrecido de indignación por la injusticia imperante, recogiendo el eco batallador de la angustia vital y sus palabras no caerán en el vacío, pues otros tomarán su canto y seguirán adelante en la eviterna lucha de la historia.